

El asma puede ser considerada en sí misma ó en las enfermedades que engendra; en ambos casos es igualmente imposible referir á este tipo la dolencia de María Rosa. «He aquí, dice Arétoe, los síntomas del asma en su principio: Los enfermos experimentan una sensación de pesadez en el pecho, carecen de energía para ocuparse en sus trabajos habituales y cualesquiera otros; su respiración es difícil por poco que corran ó que anden subiendo; padecen ronquera y tosen; son anormalmente incomodados por flatosidades y eructaciones; no duermen, se calientan poco y difícilmente por la noche; sus narices están como en acecho, siempre prontas á aspirar; si el mal hace progresos, los pómulos de las mejillas se estrangulan; los ojos saltan de sus órbitas como si hubiese estrangulación; los enfermos roncan sin dormir, y con mayor razón cuando duermen; quieren mucho aire, y aire fresco; se pasean fuera, porque todas las casas les parecen bajas y angostas; se levantan para aspirar como si quisieran absorber todo el aire atrayéndolo á sí; su rostro es pálido, excepto los pómulos que son rojos; corre el sudor en torno de su frente y cuello; arrojan en cantidad pequeña mucosidades hebrasas, frías, bastante parecidas á la espuma: su garganta se hincha á cada inspiración de aire; su pecho reentrado, su pulso ligero, frecuente, deprimido, sus piernas descarnadas; y si todos estos síntomas llegan á agravarse, no es raro que los enfermos queden estrangulados como en la epilepsia (1).» ¿Fueron estos por ventura los principios y progresos de la enfermedad de María Rosa? No hubo en ella otros principios que un sarampión repercutido y una peripneumonía, ni otros progresos que una supuración y una ulceración de los pulmones, como todos los síntomas lo pusieron en evidencia. ¿Cómo, pues, pudiera referirse la enfermedad á una asma?

151. Pero limitemos ahora la cuestión al caso particular del asma húmeda. «El asma húmeda, dice Bärser, se reconoce por una tos húmeda, con respiración silbante y esterlorosa, á la que alivia la excreción de algunas mucosidades. Hay sus alternativas de exacerbación y de remisión, que corresponden á un aumento ó disminución de humores acumulados en los bronquios, pero nunca ofrece

ta y dos días, ni que ofrezca en sus síntomas, en la fiebre especialmente, esa remisión que conviene exclusivamente á una supuración, y que es bien patente en nuestro caso.

(1) *De causis et not. diutur. affect. cap. II. De asthmate.*

intermitencia hasta que la enfermedad está completamente curada... Los demás síntomas, comunes por lo demás á toda especie de asma, son la ansiedad en la región precordial; pulso ligero, desigual, intermitente y muy lento; palpitaciones de corazón; color rojo, lívido ó pálido del rostro; exacerbaciones por la tarde ó durante la noche y aún á cada movimiento del cuerpo; alteración de la voz; frío en las extremidades; necesidad de abandonar el lecho y abrir las ventanas; violenta agitación en los hombros, brazos, caja torácica y abdómen; dilatación de las alas de la nariz; temblor; temor de ser sofocado, y otros semejantes (1).» Basta comparar estos síntomas con la enfermedad de María Rosa para atestiguar una perfecta antítesis. En ella la tos no era *húmeda*, sino seca, como la de los tísicos, en tanto que la supuración de los pulmones no la hace forzosamente húmeda; la respiración no era *silbante ni esterlorosa*; no experimentó *alivio á consecuencia de la excreción*, á menos que por alivio quiera entenderse el ceder la inflamación, que es la señal de una supuración y por consiguiente de un estado más grave; no se quejó de *ansiedad en la región precordial*, ni de *palpitaciones de corazón*; su pulso no era *ligero, intermitente y muy lento*, sino constantemente febril; *su voz no estaba alterada*; no experimentaba *frío en las extremidades*, ni *necesidad de levantarse y abrir las ventanas*, ni *agitación en hombros, brazos, región torácica, abdómen*.

152. Quedan únicamente algunos síntomas no contrarios, y son primero: las *alternativas de exacerbación y de remisión*, la *no intermitencia*, la palidez del rostro. Ahora bien, es evidente que estas tres señales pertenecen igualmente á la tisis: la primera se encuentra en ella, es cierto, más aparente que real, á causa de la continua sucesión de las inflamaciones parciales y de las supuraciones subsiguientes; la segunda corresponde á la naturaleza misma de la enfermedad, y la tercera forma parte de la emaciación general del cuerpo. Respecto á la *exacerbación periódica por la tarde y durante la noche*, se la observa generalmente en todas las enfermedades graves, y en la tisis en particular, es debida á la recrudescencia de la fiebre hética por la tarde. Por último, la *agravación del mal á cada movimiento del cuerpo* es también un síntoma frecuente en la tisis, y el *temor de ser sofocado* es propio asimismo de la ortónea que sufría nuestra jóven. En una

(1) *De difficili respirazione, § 201, 205.*

palabra, si se encuentran en María Rosa algunas señales que pueden convenir al asma húmeda, es porque no son de tal suerte peculiares de esta enfermedad que no puedan convenir perfectamente á la tisis; mas en ella faltan completamente los síntomas verdaderos y patognomónicos del asma húmeda.

153. Por el contrario, encontramos uno que, según los médicos, falta por lo comun en el asma: es la fiebre. Bellini explica así la ausencia de fiebre en los asmáticos (1): «No pudiendo ser producida la fiebre más que por un vicio de la sangre, sea en su composición, sea en su modo particular de circulación, es evidente que una simple dificultad de respiración, que no implica alteración de la sangre, y no produce en su circulación ningún desorden de naturaleza determinante á la fiebre, debe estar sin fiebre.» Pues bien, la enfermedad de María Rosa empezó por la fiebre del sarampion, á la que sucedió la inflamatoria, luego vino la fiebre de supuración, y en último lugar una fiebre hética continua. Luego considerada en lo que tiene de más como en lo que le falta, excluye absolutamente la hipótesis de un asma.

154. Pero, se nos dirá, Bellini, en el texto mismo que citais, afirma que el asma puede ocasionar una alteración de la sangre suficiente para producir la fiebre. Convenimos en ello; mas ¿quién no vé que en tal caso no es cuestión de una fiebre asmática, sino de una fiebre sintomática, refiriéndose á una enfermedad ocasionada por el asma? No se trata, pues, del asma, sino de una enfermedad muy distinta. De ahí una observación de Gorter cuando da la definición del asma (2): «Llábase asma una respiración difícil y fatigosa, habitual ó intermitente, que no va acompañada de fiebre, á menos que se trate de una fiebre sintomática referente á la causa misma de la afección, y que no teniendo su razon de ser en una empiema ó tisis, debe atribuirse á una causa mórbida interna y crónica.» Véase, por lo demás, de qué manera Bellini, á quien hemos citado, explica él mismo sus palabras (3): «Aunque por lo regular no haya fiebre en ninguna de estas respiraciones difíciles (habla de la dispnea, del asma y de la ortopnea, que sucesivamente ha ido definiendo), es posible que se compliquen con una fiebre, sea porque proce-

(1) De morb. pect. cap. Difficilis respiratio.
(2) Praez. med. system. § 361.
(3) Loc. cit.

dan de enfermedades que implican la fiebre, sea porque ellas mismas en ciertos casos son causas indirectas de esta fiebre: supongamos, por ejemplo, que el pulmon está de tal suerte comprimido que resulte una peripneumonia; entonces habrá respiración difícil produciendo indirectamente la fiebre, porque ésta necesariamente está unida á una inflamación del pulmon.» Pero es claro que se trata entonces de una fiebre de peripneumonia, y de ningún modo de una fiebre asmática.

155. Supongamos ahora que la peripneumonia, que sucede al asma, resiste al tratamiento, y no resolviéndose, da lugar á la supuración y á úlcera: en tal caso no hay asma, sino una tisis de asma. «Cuanto más frecuentes son los accesos, dice Sprengel (1), más de temer es que el asma se cambie en otra enfermedad. Un ruido de hervor que acompaña la respiración, y la hace, como se dice, estertorosa; una tos húmeda, esputos saniosos ó mezclados con sangre; dolores fijos en una parte del pecho; la fiebre que se declara, cuando antes no la habia; la enfermedad al principio intermitente ó periódica, volviéndose continua: tales son los indicios de su transformación en tisis pulmonar.

No habia ciertamente que maravillarse de encontrar en este caso síntomas semejantes á los que se mostraron en María Rosa; pues, como lo hemos observado con frecuencia, todas las tisis confirmadas tienen entre sí perfecta semejanza. Pero ¿qué pudiera deducirse de esto contra nosotros? Una sola cosa: que la dolencia de María Rosa fué una tisis asmática, lo que al fin y al cabo seria referirla á una tisis. Ahora bien, esta hipótesis tiene ciertamente contra sí el principio y los progresos de la enfermedad. De consiguiente hay que rechazarla. Es preciso también rechazar la de un asma simple considerada en sí misma, ó abstracción hecha de las consecuencias que puede tener, como lo demuestran la falta completa de semejanza en los síntomas, la continuidad y el curso regular de la enfermedad, y la presencia siempre averiguada de la fiebre. Por consiguiente, bajo cualquier punto de vista en que uno se coloque, tiene que rechazarse la hipótesis de un asma, no menos que la de un catarro agudo ó crónico.

156. Antes de abandonar este terreno del verdadero

(1) Instit. medic. t. 7. Seu patholog. specialis, t. 2, § 514, Asthme adulatorum.

diagnóstico, reconozcamos el camino recorrido. Despues de una discusion general acerca la tisis, hemos demostrado, en el párrafo precedente, la existencia de una tisis confirmada en María Rosa: restábanos resolver en el presente las objeciones de nuestros adversarios. Hemos demostrado primero contra el sabio crítico, que de ningún modo es difícil establecer el diagnóstico de una tisis confirmada, como la de María Rosa: que todas las observaciones de autoridades contrarias eran inaplicables en nuestro caso; que hubiera sido completamente inútil recurrir al análisis de los esputos ó á la auscultacion. En seguida, con nuestro sabio crítico y las observaciones en que apoyaba su tesis, hemos rechazado toda hipótesis de una tómic, hemos establecido que en María Rosa la tisis no debió su origen á una tómic, sino á úlceras que se abrieron inmediatamente; y como el adversario ponía en duda el hecho de una inflamacion, principio de tales úlceras, lo hemos sostenido y probado. Y como nos oponía aún la suposicion de un catarro crónico ó bronquitis, hemos comparado las causas y síntomas de una bronquitis con las causas y síntomas de una peripneumonia, y hecho ver, por esta comparacion, que no es admisible la hipótesis de una bronquitis. Respecto á las autoridades invocadas por él, las hemos vuelto en contra suya; y al mismo tiempo hemos convencido al crítico de error, cuando daba á la enfermedad el nombre de catarro agudo. Despues hemos discutido las objeciones del eminente Promotor, sacadas de que en la tisis tuberculosa el curso de la enfermedad es mas lento y muy distinto; hemos demostrado desde luego que esta tisis no existía en nuestro caso; y en seguida, como contestacion perentoria á todas las objeciones reunidas, hemos probado que una expectoracion abundante de pus, lejos de ser una purgacion, es al contrario señal muy evidente de agravacion en el estado de la enfermedad. Ultimamente, para excluir la hipótesis de un asma húmeda, hemos descrito todos sus síntomas, y comparándolos con los de la dolencia de María Rosa, hemos concluído que el asma cuando es sola es una enfermedad del todo distinta, y no se le parece sino cuando tiene la tisis por consecuencia, ó en otros términos, cuando hay tisis asmática, lo que no puede suponerse aquí. Pasemos ahora á otra cuestion.

La dolencia ¿perseveró en el mismo estado de gravedad hasta el fin?

158. Puesto que los caractéres patognomónicos que se encuentran en una enfermedad cualquiera, por lo mismo que dan el medio de distinguirla de todas las demás y establecen su existencia, se sigue necesariamente que mientras estos signos específicos subsisten en toda su fuerza, débese concluir que la enfermedad permanece en el mismo estado, aun cuando, por no sé qué causa, el enfermo presentase alguna falsa apariencia de mejoría. Este principio sin duda es aplicable á todas las enfermedades de larga duracion; pero encuentra sobre todo su aplicacion en la tisis: aquí, en efecto, la agravacion del mal se oculta con frecuencia, á los ojos de los inhábiles, bajo el velo de una remision de la enfermedad. A cada inflamacion parcial de los pulmones sucede la supuracion (1); pues aunque las supuraciones individuales que suceden á cada inflamacion de los pulmones no sean en realidad más que evoluciones y progresos del procedimiento deletéreo, presentan tantas aparentes remisiones del mal, caracterizadas por la disminucion de la fiebre, por una respiracion menos seca, por cierto restablecimiento de fuerzas; no hacen más que corresponder á tantos períodos sucesivos en el curso creciente del mal. De donde sucede que, engañados por esta malignidad insidiosa de la enfermedad, los físicos creen encontrarse mejor; y proponen partir al campo cuando la muerte viene á sorprenderles. Gorter era de este parecer (2). «Hé aquí una observacion médico-práctica notable en las enfermedades inflamatorias internas y en ciertas inflamaciones externas. Aumenta la intensidad del dolor y de la fiebre hasta el nacimiento del pus; en seguida disminuye el dolor de una manera sensible y cede la fiebre, de donde deduzco que los síntomas de la

(1) Porque el parénquima entero de los pulmones no se inflama ni destruye de una sola vez, sino solamente por partes, ayudando la constitucion misma de las vísceras, pues sabido es que el pulmón se divide en grandes lobulos, los que se subdividen á su vez en lobulos más pequeños; que el ramal de las arterias pulmonares viene á cada uno de estos lobulos, los grandes ramales á los grandes, los pequeños á los pequeños, y que los vasos sanguíneos de un lobulo no tienen comunicacion alguna con los de otro lobulo, á causa de las membranas ó separaciones que á ello se oponen. (Van Swieten ad Boerhaave, aphor. 266.)

(2) Ad Hippocr. aphor. 47, § 4, lib. 2.

inflamacion pueden disminuir sin la curacion de la enfermedad. La inflamacion se la resuelto en supuracion.» La experiencia de todos los dias lo demuestra muy bien. Daria pruebas de no haber observado nunca á los tísicos quien, en presencia de los caracteres patognómicos, tomara estos aparentes alivios de la enfermedad por un verdadero decrecimiento del mal.

159. En la tisis, más que en cualquiera otra enfermedad, no es en un alivio aparente (indicio más comun de un próximo fin) donde hay que buscar el pronóstico de una verdadera remision, la que se confirma por la ausencia ó la disminucion evidente de los síntomas. Aretio citado más arriba lo decia bien: «Adviértese entonces en el enfermo excrecion bien soportada, ausencia de fiebre, digestion bien hecha, buen color, excelente apetito, expectoracion fácil, pulso regular, fuerzas sólidas.» Mas una respiracion dificil, una tos violenta, una fiebre continua, la diarrea, sudores frios agolando los jugos nutritivos y las fuerzas animales, esputos purulentos más y más abundantes, un enflaquecimiento continuo, la pérdida total ó casi total de las fuerzas nos enseñarán, de una manera evidente, no sólo que la enfermedad persevera en el mismo grado, sino que se agrava sin cesar, mientras que supuraciones parciales ofrecerán una falsa apariencia de alivio.

160. Para juzgar de la permanencia de la enfermedad, estudiemos atentamente sus caracteres ó intensidad, y tengamos sin cesar ante los ojos las fases diferentes del mal, para evitar toda confusion de ideas.

161. A consecuencia de una peripneumonia gravísima causada por el movimiento retrógrado del virus morbiloso, María Rosa se volvió tísica; y aguda primero, la enfermedad se hizo crónica. La tisis con relacion á las peripneumonias agudas es siempre crónica, aunque por sí misma sea aguda. Pero ya en la peripneumonia aguda la nutricion cesa, faltan completamente las fuerzas musculares, y es muy próximo el peligro de muerte. Si sobreviene la supuracion, si se ulceran los pulmones, en una palabra, si la peripneumonia se cambia en tisis muy pronunciada, el peligro de muerte es igualmente cierto; mas no es tan próximo como en el primer caso. Además esta supuracion gasta en cierto modo la fiebre, disminuye la violencia de la enfermedad, recóbranse algun tanto las fuerzas y el enfermo parece encontrarse algo mejor.

162. De esta mejoría exterior á la vista, un médico experimentado sólo saca esta induccion: afeccion crónica gravísima ó mortal, si sigue su curso; su curacion es ciertamente difficilísima y del todo dudosa. Como la tisis consiste en una accion deletérea producida en el seno de los pulmones por inflamaciones y supuraciones sucesivas y parciales; evidentemente una disminucion sucesiva y progresiva de los síntomas supurativos y su desaparicion conjuntamente con el restablecimiento del enfermo, son lo único que ofrecen probabilidades de salud. Examinemos cuidadosamente si cierta disminucion ó cesacion de los síntomas se manifestó en María Rosa cuando tísica, en Mazzano, durante el viaje ó en Roma (1).

163. Respecto al primer punto, el médico que afirmó haber reconocido la naturaleza de la enfermedad «en un aliento más pronunciado, en la dificultad de permanecer acostado (dificultad que obligaba á la infeliz enferma á tener el cuerpo algo levantado), en el color rojo de los pómulos, en la fiebre decrecida á consecuencia de la supuracion, y por último en los sudores, en la diarrea, en la consuncion y en los insomnios, en la mayor cantidad de pus sanioso y fétido;» el médico, digo, despues de enumerar estos síntomas, ha hecho esta declaracion: «Certifico que los síntomas, tales como se sucedieron, en el órden que he marcado arriba, nunca desminuyeron, antes bien aumentaron sin cesar, no habiendo experimentado nunca la enferma mejoría alguna... María Rosa nunca experimentó mejoría, antes al contrario siempre fué de mal en peor; así, aunque la visitaba, puede decirse que estaba como abandonada, puesto que el arte no tenia remedio para curarla... Tal era el estado en que se encontraba la enferma cuando le hice mi última visita... No puedo ahora determinar de una manera precisa el dia que

1. En vano nuestro sabio crítico acumula con mucha habilidad las siguientes palabras: «El sarapion repercutió... Encontróse más mal... Se le administró el Viatico... Creíase que moriria en breve... Parece que empecé á encontrarse algo mejor... Levantábase de la cama... Quería vestirse... Pálo en mano, empecé á dar algunos pasos por el aposento... Digo en vano... porque los primeros síntomas no se reforian á la tisis, sino al periodo agudo de la enfermedad causada por alguna de esas inflamaciones parciales, las que, mientras ejercen con mayor violencia su accion deletérea, parecen indicar el peligro de muerte. Los terceros constituyen las remitencias solemnes que parecen una especie de tregua acordada á la vida en peligro, y no son en realidad más que el efecto de movimientos lentos y dificiles de los musculos, que no sevan para ningun hombre ilustrado el indicio de la cesacion ó de la remision real de la enfermedad.

vi por última vez á María Rosa en su estado de enfermedad; mas puedo por lo menos, afirmar que no fué mas de dos dias antes de su partida de Mazzano, y recuerdo bien que en esta última visita la hallé en su estado ordinario oprimida y agobiada.» Pero como la confianza de la enferma y de la madre reclamaban la peregrinación á Roma, «dije al cirujano que podia dejarse hacer todo lo que quisiese. Para mí el caso era desesperado, y me decia á mí mismo que á la jóven tanto le valia morir en Roma, como en el trayecto ó en Mazzano.»

164. Cierta que nos falta la deposicion jurídica del difunto cirujano antes de la curacion: no obstante, conocemos su opinion por su testimonio relatado en otra parte y por el de los testigos auxiliares. Decia: «La autoridad médica, la razon y la experiencia proclaman que esta enfermedad es mortal, y sobre todo debe ser reputada mortal en María Rosa, como lo aseguramos más lejos; pues iba acompañada de sus inseparables sintomas característicos: ronquera, tos, expectoracion purulenta, respiracion mucho mas difícil que de costumbre, languidez y cada noche transpiracion y diarrea colicuativa. Todos estos sintomas desde principios de abril último aumentaron de dia en dia, lo mismo que el temor y la certeza de no poder curarla.»

Esta declaracion la repitió muchas veces al médico y á otras personas. El médico dijo: «Las señales y pruebas que he referido más arriba me hicieron juzgar que era imposible la curacion. Tal era el parecer del difunto Santiago Sgarzi, como me lo manifestó con frecuencia..... Sgarzi y yo declaramos la enfermedad enteramente incurable... Ambos habíamos perdido toda esperanza de que curase la jóven... El cirujano, considerando la gravedad del mal, consideraba imposible que la jóven pudiese hacer tal viaje, y creyó de su deber disuadirselo, muy persuadido de que podia muy bien morir por el camino.» «Estas palabras están confirmadas por la deposicion de la madre de la miraculada.»

«Los sobredichos, médico y cirujano venian siempre á verla, y decian que no habia remedio y que la jóven moriria.» La prima de la miraculada dice á su vez: «El médico y Santiago Sgarzi nuestro cirujano nos decian claramente que María Rosa moriria ciertamente, y que no habia remedio ni esperanza... El sobredicho cirujano nos decia que los pulmones de María Rosa estaban enteramen-

te gastados y consumidos... El médico y el cirujano no daban esperanza alguna de que María Rosa pudiese curar; y decian que moriria indudablemente: á causa de esto no querian que la llevásemos á Roma, pues estaban convencidos de que no volveria nunca á Mazzano.» El testigo setenta y dos ha dicho: «Sabia que iba muy mal, y que todo habia concluido para ella, como me decia el Sr. Santiago Sgarzi, cirujano, difunto al presente; á causa de esto mi idea era que la jóven no curaria; siempre me dijo lo mismo.» Hablando de la partida de la jóven añade: «Parecióme ver un verdadero cadáver y algunos decian que María Rosa no volveria; Sgarzi aseguraba que sólo un santo podia curarla, por no haber remedio para ella. A su vez el testigo setenta y dos depono: «Mi pariente Jaime Sgarzi decia que el caso de María Rosa era desesperado, que habia acabado todo para ella, y que moriria... y aun temia que no podrian volverla á Mazzano: abrigaba temores de que moriria por el camino: esto me lo dijo á mí mismo.»

165. Cualquiera que haya examinado bien los hechos, debe advertir en los testimonios del médico y del cirujano: 1.º todos los caracteres de una tisis confirmada; 2.º la existencia y el desarrollo de estos sintomas hasta la muerte. Nunca hubo mejoría en la enferma,—siempre fué de mal en peor,—agravóse cada vez más; 3.º tanto el médico como el cirujano habian perdido la esperanza de la curacion. No habia en el arte remedio alguno para curarla, considerámos siempre esta enfermedad como del todo incurable,—para nosotros el caso era desesperado,—decian claramente que todo habia acabado para ella,—que absolutamente no podia curar,—que solamente un santo podia salvarla,—que la jóven moriria,—que moriria ciertamente; 4.º ambos se opusieron mucho tiempo á la partida de la jóven. Creian sin vacilacion que nunca volveria á Mazzano,—que quizá moriria por el camino,—que moriria durante el viaje; 5.º á pesar de todo, y conmovidos por la confianza de la enferma y de su madre, accedieron al deseo de aquella, pues al fin y al cabo poco importaba que la jóven muriese en Mazzano, en Roma ó por el camino.

166. Lo que atestiguaron el médico y el cirujano fué confirmado por todos los testigos. A su descripcion de cada uno de los caracteres de la enfermedad, añadian: Llegó á las puertas de la muerte; se transportaba más bien un cadáver que una enferma. El peligro de muerte era

inminente durante el viaje. La madre de Rosa decía con razón: «La jóven nunca se encontró mejor, sino que fué constantemente empeorando.» Y Gaspar Mancini, que iba á menudo á visitar á María Rosa enferma: «La encontré siempre en peor estado... iba más mal. Cuando partimos, la desdichada jóven estaba en malísimo estado.» Francisco Maggiori: «Quisieron llevarla á Roma, y parecía esto fuera de propósito, pues estaba más muerta que viva, y todo el mundo decía: «La llevan á morir á Roma; no volverá á Mazzano; la vi la noche antes que partiese; estaba mala como de costumbre, y me dije: ¡Que Dios la proteja! Y Domingo Agostinelli: «La acompañé hasta el puente que hay más abajo de Mazzano; parecióme ver un verdadero cadáver, hasta tal punto estaba María Rosa débil y extenuada: con mucho trabajo se la pudo sentar en el jumentito.»

167. Que en Mazzano su estado fué cada vez más alarmante es hecho demostrado, no sólo por la duración continua y el desarrollo de los síntomas tan claramente enunciados por los médicos y los testigos; no sólo por el estado fatal y desesperado de la jóven en el momento mismo de la partida, sino tambien por la adición del sintoma más fatal, compañero ordinario del último grado de la tisis, la hinchazon de los pies. La madre depona, en efecto: «El Sr. Santiago el cirujano me habia dicho: Observad atentamente si sus pies se hinchan, porque en tal caso es señal de que va á morir.» Y efectivamente, algun tiempo antes de ir á Roma sus pies estaban hinchados, y esta hinchazon le subia hasta la mitad de la pierna, como lo confirma la prima de María Rosa diciendo: «Cuando estaba sentada se le veian las piernas hinchadas.»

168. ¿Negaréis, pues, se dirá, á pesar de esta deposición tan clara de los testigos, que María Rosa no experimentó alivio alguno en Mazzano? Lo que acabamos de recordar contesta suficientemente á esta pregunta. Si llamais alivio, en la tisis, esa apariencia engañosa, resultado ordinario de la supuración, que se observa á veces en los tísicos próximos á morir, no lo contradiremos. Pero si se quiere hablar de la desaparicion, total ó parcial de los caracteres de la enfermedad, del restablecimiento, aun lento y débil, de la salud, lo negamos redondamente, hasta apoyándonos en los testigos que hacen mención de un alivio aparente. Apariencia, decimos, que no pudo engañar á los médicos ni á los testigos, por groseros, ignorantes ó inexpertos que estos fuesen.

169. Una parienta de nuestra enferma relata el hecho á su manera y con gracia singular: «Pareció que iba un poquito mejor, pero el mal sin embargo continuaba, y voy á deciros cómo sucedió esta mejoría. Sabreis que hubo en Mazzano un temblor de tierra; todos nos asustámos y pusimos en salvo. Pero ¿qué hacer con la infeliz enferma? Imposible llevarla con nosotros. ¡Benito José, cuidad de ella; de lo contrario va á morir bajo las ruinas, pues nosotras nos vamos! La desdichada niña, sobrecogida de temor y toda turbada se levantó en la cama, quiso vestirse, y lo hizo parte por sí misma, y parte ayudada por nosotras, y nos la llevamos á Nuestra Señora de las Gracias, distante próximamente media milla de Mazzano; la acostamos en tierra sobre los vestidos que trajimos con nosotras; permanecemos allí hasta el día, y luego volvimos á la casa. Mas no creais que tanto á la ida como á la vuelta María Rosa caminase sola; era preciso conducirla, sostenerla, y á veces uno de los que iban con nosotras la llevaba en hombros. Creímos que Benito José le dió fuerza para escapar á aquel peligro; mas continuaba encontrándose muy mala, y temimos vernos obligados á dejarla en Nuestra Señora de las Gracias y que allí muriese, pues en toda la noche no hizo más que gemir, toser y quejarse, tanto era el malestar en que se encontraba. Vuelta á casa, la acostaron de nuevo, y los días siguientes levantóse si quiera un poco cada día; pero desde la cama habia que llevarla á una silla, de la que no se movia, y cuando estaba allí sentada veíanse sus piernas hinchadas. Quisimos probar si conseguiríamos hacerla andar un poco, y la excitamos á hacer algun movimiento; decía que no podia; mas nosotras queríamos que lo hiciese; y por último, se decidió, y apoyada en una de nosotras y en un palo, empezó á dar algunos pasos por el aposento, luego volvió á sentarse, y vióse que sólo daba aquellos pasos con mucha dificultad. A veces tambien, con el mismo malestar, daba algunos pasos, apoyada solamente en un palo, sin que le diésemos nuestro auxilio.»

170. Tal es el alivio que sintió la enferma en Mazzano. Un susto extraordinario le hizo abandonar el lecho: incapaz de sostenerse, sostenida ó mas bien llevada por dos personas, fué conducida á la distancia de quinientos pasos. Allí pasó toda la noche, no haciendo más que gemir, toser y quejarse del malestar que experimentaba, de suerte que sus compañeras temieron verse obligadas á dejarla

en Nuestra Señora de las Gracias, y que muriese allí. Obligada á moverse, aunque declaraba que no podía, para complacer á su madre y á su parienta, apoyada en sus brazos ó en un palo, sin aliento daba algunos pasos, volvía á sentarse, y veíase que daba aquellos pasos con muy grande dificultad. ¿Quién, pues, algo al corriente de los caracteres de la tisis, encontraría en todo esto un verdadero alivio ó siquiera una apariencia de él? ¡Sobre todo si ha visto físicos que hasta la muerte se mueven y andan libremente! Mucho distaba por el contrario la esperanza y aun los indicios de un alivio. Viendo la tenacidad del mal, su violencia, su acrecentamiento y el estado desesperado de la enfermedad, la testigo autor de aquel relato, añade: «Toda la mejoría consistió en lo que he dicho: en realidad María Rosa iba mal, con las mismas angustias, la misma tos, el mismo abatimiento y arrojaba los mismos esputos saniosos y purulentos.» El testigo setenta y seis usa el mismo lenguaje cuando dice: «La mejoría consistió en que se levantaba un poco de la cama, que iba á sentarse un poco, y que sosteniéndola se le hacían dar algunos pasos por la casa; pero estaba constantemente enferma y de la misma manera; recuerdo que decía yo á su madre: se muere; nada sacareis de ella, pues está angustiada, consumida y tose como siempre.

171. Tal fué el boletín de salud antes de partir. ¿Cómo fué durante el viaje? Este viaje parecía imposible á la madre: la enferma sentía sus fuerzas tan postradas, que creía no podría ser transportada sino en litera y no en un jumento. «¿Cómo quieres que lo haga para llevarte? Esto es imposible, decía la madre; mas ella contestaba «que se la colocase en una canasta.» Para acceder á deseos tan ardientes y á una fe tan viva, la montaron en un jumentito, mas no podía sostenerse en él: era preciso que alguno de nosotros la sostuviese y dirigiese, y aun no era bastante eso: sufría tanto de estar sentada, que la desdichada jóven nos pidió con instancia que la pusésemos en una canasta; lo que no era posible, porque hubiera sido necesario un contrapeso por el lado opuesto. De Mazzano á Roma hay veinte y cinco millas. Partimos á las ocho, y llegámos á Roma entre ocho y nueve. Experimentáramos mil dificultades para llevarla allí. Aunque la cabalgadura marchaba muy suavemente, era preciso detenerse á cada instante por dos motivos: primero, para dar de beber á Rosa, pues se sentía abrasada y á cada momento hubiera

querido beber, y segundo para bajarla del asno y hacerla sentar en tierra á fin de que descansase y tomase algún aliento, tanto era el malestar que sentía, y que aumentaba al andar el jumento. A cada paso se encontraba peor; le era indispensable tomar aliento; decía que sentía un fuego interior... constantemente habíamos de darle algo de beber, porque su boca estaba seca y sentía como un fuego abrasador. No podía tomar aliento, iba muy mal y padecía extraordinaria sed; parecía difunta.» Estos síntomas morbosos perseveraron constantemente, y aun se acrecentaron, y la enferma nunca experimentó mejoría, ni pasajera ni aparente. Tal era el estado de la enferma á su partida. Examinemos ahora la cuestion del viaje.

172. Hé aquí la relacion del viaje. Examinad cuáles eran sus fuerzas: no podía permanecer sentada sino sostenida por alguién, y en esta posicion padecía tanto que suplicó la pusieran en un cesto. No pudiendo siquiera soportar esta marcha lenta del asno, sofocada por la ortopnea estaba de tal suerte oprimida que no podía tomar aliento, y con frecuencia habia que bajarla á tierra para que respirase. ¿Cuál era, pregunto, la condicion de sus pulmones, cuál la consuncion de todo su cuerpo, puesto que tosia siempre y parecia un cadáver; qué fiebre la abrasaba, ya que su boca se abrasaba y sentía un fuego interior; y qué sed la atormentaba, puesto que hubiera querido beber á cada momento? Este último síntoma no puede pasarse en silencio, pues es una señal de fiebre. Esta sed que proviene del enflaquecimiento, de la acritud de la sangre causada por la corrupcion y la pérdida de los humores, es en los físicos una señal mucho más grave. Atestiguada ardiente y continua en la jóven, viene á ser una seria confirmacion de los otros síntomas de la tisis. Boerhaave (1) cuenta, en efecto, la sed ardiente en el número de los síntomas precursores de la muerte en los físicos. Van Swieten exponiendo esta opinion escribe: «Mas arriba, cuando se trataba de sed febril hemos atestiguado que las causas principales de la sed son la sequedad y la inmeabilidad de los humores. Efectivamente hemos visto que el cuerpo todo se deseca por la tisis, y que la angustia demuestra la inmeabilidad de los humores á través de los vasos pulmonares. Al mismo tiempo por el derrame purulento, la saugre se vicia y vuelve más acre; nueva

(1) Afor. 1, 206.

causa de sed: á lo que viene á añadirse cada noche la transpiracion por la que se corre la parte más líquida de la sangre, causa que por sí sola engendra la sed áun en los hombres de excelente salud.» Despues de esos síntomas y de tal viaje, puede deducirse una mejoría?

173. Los testigos añaden: «Cuando Dios quiso llegámos á Roma y nos albergámos ante una casita de la plaza Campitelli; allí posámos la noche; pero ¿pudo dormir? «La pobrecita, postrada de dolor y de sufrimientos, prorumpió en tales lamentos que no pude conciliar el sueño:» esto es lo que atestigua Gaspar Mancini, de acuerdo en esto con la madre de la enferma: «No durmió ni me dejó dormir: á cada momento habia que darle de beber; á causa de su opresion no podia permanecer acostada, y era preciso tenerla levantada y sentada en la cama.» Y á más: «La primera noche no pudo dormir; estaba siempre sofocada; se quejaba incesantemente; experimentaba continua necesidad de beber; no descansaba, ni yo tampoco.»

Todo esto parecerá muy natural á quien considere el estado de la enferma á su partida de Mazzano, los crueles sufrimientos del viaje, que sólo pudieron ser soportados por un comienzo de milagro y que no podían producir mejoría alguna.

174. Sin embargo, vinieron á Roma para obtener un milagro. Se omiten las precauciones. Levantan á la enferma, y con auxilio de dos personas es llevada y casi arrastrada á la iglesia de Ara-Celi y luego á Santa Maria de los Montes, donde la abandonan sus fuerzas. «Fuimos á la iglesia de Ara-Celi, dice Gaspar Mancini, y sólo con mucho trabajo pudo llevarse á María Rosa; dos mujeres la sostenian constantemente por ambos lados, pero á cada instante era preciso dejarla descansar. Desde la iglesia de Ara-celi nos encaminamos á la iglesia de Santa Maria de los Montes.» «María Rosa no podia andar sola, dice su prima, y teníamos que sostenerla su madre y yo por uno y otro lado.» «No podia andar sola, dice la madre, y era preciso llevarla levantándola por debajo del brazo; yo la conducia por un costado, y Laura Rosa su prima por otro. De la iglesia de Ara-Celi fuimos á la de Santa Maria de los Montes para visitar el sepulcro de Benito José, llevando allí la jovencita siempre de la misma manera, sosteniéndola una por un lado y otra por otro. Entrámos en la iglesia donde habia gran multitud de pueblo. Tuvi-mos mucho trabajo en llegar á su sepulcro, pues á causa

de la multitud experimentó tal sofocacion, que no podia moverse y fué preciso transportarla fuera de la iglesia. La hice sentar en los escalones, y para refrescarle un poco la boca le di algunos guisantes verdes. Cuando se hubo repuesto y refrescado, la volví á la iglesia, donde hizo sus oraciones y despues salimos; mas no obtuvo su curacion:» «y la volvimos á la casa como antes,» añade su prima.

175. Repónese de las fatigas durante el día. No es, extraño que durante la noche, preguntada por Gaspar Mancini: «¿Cómo os encontráis?» respondiese «Un poquito mejor,» tomando en cuenta la fatiga de la mañana. El mismo testigo añade: «Mas estaba en cama y sufría mucho.» La madre dice más claramente aún: «En la noche que transcurrió entre la primera y segunda visita, se encontró mala como de costumbre, siempre sofocada, arrojando espumas espesas, alterada, sin poder dormir ni permanecer acostada, teniendo la cabeza y el cuerpo un poco levantados; los piés continuaban hinchados: lo sé perfectamente, pues para vestirla le ponía las medias, no pudiendo por sí sola, y esta hinchazon le subia hasta la mitad de la pierna.»

Aquí evidentemente observamos la misma ortopea, la misma sed, los mismos espulos, el mismo edema de los piés que á su partida; incesantemente la misma debilidad; para vestirse necesitaba ajeno auxilio; en una palabra, iguales síntomas y posicion que no dejan sospechar mejoría alguna.

176. Sin embargo el descanso de un dia y de toda una noche debió aligerar algo la fatiga anterior. Así es que refiere Gaspar Mancini: «El dia siguiente volvimos á Santa Maria de los Montes, donde hicimos una breve estacion: al salir, María Rosa dijo que se sentia un poquito mejor, pero estaba sofocada y era preciso sostenerla: con todo, nos costó igual trabajo que la víspera el conducirla.»

La madre dice: «Salimos, y aunque continuaba mala, parecióme menos sofocada que al principio, y al sostenerla me pareció menos pesada. Así se encontró todo aquel dia.» Continuaba, pues, mala; estaba sofocada y era preciso sostenerla: todo el alivio que le procuró el descanso del lecho consistía en que no costaba tanta fatiga el conducirla como el dia precedente, en que se mostraron los síntomas de la enfermedad agravados hasta el más alto punto por la fatiga del viaje precedente; por lo demás, tal fué su estado todo aquel dia.

177. Al llegar la tercera noche la posición no se había mejorado. «Volví a verla por la tarde, dice Gaspar Mancini, y se encontraba como la noche precedente.» Su prima añade: «La noche siguiente se encontró peor que nunca, porque á ratos dió fuertes voces, diciendo que sentía un terrible dolor en el pecho.» Su madre declara lo mismo: «A la noche fuimos á descansar, pero apenas me había acostado, llamome con un grito la jóven, y me dijo que pudiese en el pecho mi mano, porque experimentaba horrible dolor: sobrecogime de temor, creyendo que iba á morir.»

Tal es el estado de la enferma hasta la prodigiosa curación: pues entonces tuvo lugar la aplicación de la imágen, y un instante despues la curación.

178. De estas declaraciones resulta evidentemente que en Mazzano la enferma no experimentó mejoría alguna, que no sintió ningun alivio que pudiese engañar, no ya á los médicos, pero ni siquiera á los ignorantes. Mas aún su estado, agravándose cada día más, era desesperado cuando emprendió la marcha. Los mismos síntomas se acentuaron en el camino, y la fatiga los llevó á su último grado. En Roma perseveraron hasta la tercera noche, haciendo temer un peligro de muerte próxima.

Todo el mundo comprenderá, de consiguiente que uno se niegue á admitir que antes de la curación no hubo apariencia alguna de mejoría manifiesta.

Exámen de las objeciones respecto al decrecimiento de la enfermedad.

179. La verdad es evidente, y no queda ningun otro medio de ataque que una confusión indigesta de ideas. Nuestro sabio crítico se luce en este género, y prosigue asiduamente su obra, como si su papel consistiese, no en juzgar, sino en hacer objeciones. Cónstale perfectamente que en esta enfermedad, que conduce á la muerte, ninguno de los que han cuidado físicos reconocerán mejora real, porque el enfermo habla más fácilmente, tome alimento, afirme encontrarse mejor y dé algunos pasos. A menudo llega la muerte en esta mejoría aparente. Así para procurarse un medio de defender su tesis, abulta al principio la gravedad del mal. Porque en nuestro caso los síntomas más evidentes le impiden negar una tisis con-

firmada, y tocando á su fin, confunde este estado con el estado extremo que, para algunos, es seguido inmediatamente de la muerte, á fin de sacar de esta negación la negación de la gravedad y del peligro de la dolencia. De ahí esta deducción: «En la tisis llegada al último grado el enfermo no puede dejar el lecho; las uñas se encorvan; caen los cabellos; siéntese en el tacto un calor intenso; con frecuencia la piel se cubre de pístulas rojas, y la garganta, obstruida por aftas, dificulta la deglución; el cuerpo se enflaquece como un esqueleto; por la permanencia en la cama se dislocan los huesos de las caderas, y se ensaña una diarrea continua. Tal es el aspecto de la tisis llegada al último grado.»

180. Mas ¿no se aparta nuestro sabio crítico de la tesis propuesta? ¿No se forja á su manera un adversario? Nosotros defendemos esta tesis: María Rosa estuvo en peligro cierto á consecuencia de una tisis confirmada y perniciosa; la enfermedad fué gravísima, y según unánime parecer de los médicos incurable. No afirmamos y nunca hemos afirmado que la jóven estuviere en el umbral de la muerte en el instante de su curación. Los síntomas enumerados por nuestro contradictor designan una muerte tan inminente, que aquel mismo día hubiera sido preciso disponer los funerales. Sin duda Van Swieten á esos mismos caracteres enumerados por Boerhaave, añade (1): «Hé aquí los síntomas de una consunción que conduce á la muerte, y que Sydenham resume de una manera más clara todavía: Cada noche sobreviene la transpiración, las mejillas se vuelven lividas, el rostro palidece y se afila la nariz; las sienas hundidas, la curvacion de las uñas, la caída de los cabellos y el flujo colicativo del vientre anuncian que va á seguir la muerte.» Y como las actas no hacen mención de tales síntomas; como por otra parte no hemos afirmado que María Rosa estuvo en los umbrales del sepulcro, esta observacion es del todo extraña á nuestra tesis; es un golpe en vago.

181. Y aún esta objecion por más de un título es extraña á nuestra tesis, pues la experiencia y la razón demuestran que tales síntomas tienen por lo comun su origen en el desarrollo muy lento de la enfermedad, que paulatinamente consume las fuerzas y todo el cuerpo; que es propio de las tisis tuberculosas (y no aún de todas) el que por un progreso muy lento arruinen y consuman al

(1) *Ad aphor.* 1, 206 sub fine.

enfermo. Ahora bien, ¿qué hay de común entre este curso de la enfermedad y nuestra tesis? Trátase aquí de una tisis secundaria y aguda en la cual faltan por lo común estos síntomas aparentes. Apelamos en confirmación de ello á los médicos y á cuantos han asistido en sus últimos momentos á un tísico.

182. Esta observacion peca, de consiguiente, por dos extremos: no se refiere á la enfermedad en cuestion, y nos extravía de nuestra tesis; concedámosle, sin embargo, toda la fuerza posible; ¿qué probaria? Que la jóven no llegó al punto de morir, sin que nunca su enfermedad hubiese dejado de ser grave ni incurable.

183. No es de la última hora de la enfermedad, sino de la tisis confirmada, que dice Hipócrates (1): «Cuando se llega á ético la muerte es inevitable.»

Galeno tratando de las afecciones pulmonares y de sus úlceras dice (2): «Mis cuidados más activos han sido inútiles para la curacion de los tísicos.» Más tarde añade: «He reconocido fácilmente que su afeccion no difiere de la que se produce en las enfermedades externas, cuando se introduce la gangrena. Aún podemos cortar y quemar estas partes, dos medios impracticables para el pulmon; así es que necesariamente todos tienen que perecer.» En otra parte hace esta observacion (3): «La curacion de la tisis intentada por los médicos es difícil, y nunca completa. La razon y la experiencia lo atestiguan. Primero la razon: el pulmon por el acto de la respiracion está siempre en movimiento; pues bien, los órganos para curar necesitan el reposo. La experiencia: nunca se ve un hombre atacado de esta enfermedad, completamente curado.» Avise añade más á la razon aducida por Galeno. «No es posible curar la úlcera saniosa sino por la expulsion del humor; este debería ser el efecto de la tos, pero la tos opera la extension de la llaga y su ruptura. La lesion causa el dolor, y el dolor atrae el humor á la parte enferma, de consiguiente la úlcera se ensancha hasta corroer todo el pulmon.

Timeo dice (4): «Lo confieso ingenuamente, en mi práctica de treinta y siete años nunca he podido volver la salud perfecta á una sola persona atacada de afeccion

1) *De morbis*, lib. 1, sect. 2.
2) *De loc. affect.* lib. 4, cap. 8.
3) *Can. Medic.* lib. 3, tract. 3, fen. 10, cap. 4.
4) *Apud Hoffmann. med. system.* t. 4, part. 4, cap. 11, § 19.

pulmonar. He ensayado todos los medios posibles. Los médicos más célebres no he visto hayan curado persona alguna.»

Hoffman lo enseña claramente (1): «La curacion de una tisis es difficilísima; y si ha llegado al grado que la caracteriza á los ojos de todos, su curacion excede todo arte humano.»

Willis, despues de apuntar los principios de una tisis añade: «Si además del estado que acabo de describir, la abundancia de los esputos, la descoloracion en aumento todos los dias, si sobrevienen el agravamiento de la enfermedad, el decrecimiento de las fuerzas, la fiebre héctica, una sed continua, las transpiraciones de cada noche, el rostro hipocrático y de una demacracion que asemeja el cuerpo á un esqueleto, la medicina no ofrece entonces recurso alguno; no queda ya lugar sino para un triste pronóstico, ó por lo menos deberá omitirse toda especie de tratamiento, y limitarse á esos medios anodinos que curarán la etanasia, esto es, una muerte suave (2).»

Bursar tratando nuestro asunto, es decir la tisis secundaria, enseña (3): «Hay que combatir á la enfermedad que es su principio. Una vez contraida, los remedios son inútiles. En la tisis secundaria y caracterizada es preciso combatir enérgicamente la enfermedad que es su principio, ó que por su duracion actual es su causa. Si no se aparta esta última, la tisis no podrá ser vencida por remedio alguno, ni siquiera por los más eficaces.»

José Franck, de acuerdo con este último, escribe: (4) «La tisis que por la desaparicion intempestiva de otras enfermedades se llama metastática, no tiene esperanza de curacion sino en los primeros pasos de la enfermedad.»

Mauri, citando gran numero de autores, dice (5): «Casi todos los autores antiguos y modernos concuerdan en decir que la tisis pulmonar en su primer grado es á veces curable; y en el segundo y tercero incurable siempre.» Raimann dice que la tisis ulcerosa y la tuberculosa son pronósticos de muerte. Barzellotti dice que el pronóstico es favorable en el primer grado de la tisis, y absolutamente desfavorable para el tercero. Bursar está en la firme conviccion de que la tisis incipiente permite apenas

1) *Loc. cit.* § 20.
2) *De phthisi pulmonar.* cap. 6, opp. mihí, t. 2, vers. 4, part. 2.
3) *De phthisi*, § 92.
4) *De phthisi pulmon.* metastat. § 50, num. I, 0.
5) *Della phthisi pulmon.* t. 1, cap. 9.

concebir alguna esperanza de curacion, pero la tisis caracterizada, nunca. Andria cree que no es posible curarla. Zacchi juzga que la tisis ulcerosa puede ser curada cuando sólo está en el primer grado, etc.; pero que es mortal en el tercero. Tal es el parecer de Barbeta, de Lucas Tozzi, de Galeo, de Muller y de muchos otros.

A los pocos modernos que pretenden curar una tisis confirmada, y que aseguran haberla curada, á pesar de la experiencia y el consentimiento de tantos siglos, parece quiso refutarlos Manget al escribir (1): «Que los que se vanaglorian de haber curado tísicos lo reflexionen bien: engañados en el diagnóstico de la enfermedad, no se regocijen de un triunfo imaginario, pues la tisis es el camino que sin remision conduce á la muerte.»

184. Por el consentimiento de todos los médicos de todas las edades, y por la experiencia continua resulta, pues, que la tisis es incurable, no sólo cuando el enfermo está en el artículo de la muerte, como se esfuerza en hacérsenos creer nuestro crítico, sino aun en su último período, ó cuando es confirmada. Con pruebas tan abundantes nos es permitido ser generosos. Aceptemos la opinion de este escaso número de modernos que se vanaglorian de haber curado verdaderas tísicos. ¿Qué deducirémos de ello? Conforme la experiencia y el consentimiento de todas las edades, ¿no será evidente que la tisis confirmada es una enfermedad gravísima, muy peligrosa, y que por consiguiente puede ser objeto de un milagro espléndido? Nuestro sabio adversario se esfuerza en negar aun esta objecion. Segun él sólo la curacion de esta última especie de tisis que él ha descrito ofrecería ocasion al milagro. «Tal es la última fase de una tisis, escribe; tal es esta consuncion del cuerpo que, por la intercesion de los Santos, el dedo de Dios únicamente puede curar. María no fué reducida á este miserable estado.» ¿Cómo! ¡las enfermedades incurables que ponen nuestra vida en peligro no serian materia de un milagro sino á condicion de la instantaneidad de la curacion! Así de una plumada borraríamos del catálogo de los milagros toda la tercera categoria, que consiste en el modo milagroso de las enfermedades que pueden curarse. Al mismo tiempo borraríamos tambien algunos de los milagros de Jesucristo referidos en el Evangelio; por ejemplo, la suegra de Pedro, curada de la fiebre. Podríamos oponer á nuestro adversario todos los

(1) *Bibl. med. pract. verbo Phthisis*, pag. mihí 303.

teólogos, todos los que han escrito acerca de la canonizacion, y entre ellos Benedicto XIV. La principal condicion, dice, para admitir una curacion como milagrosa, es que la enfermedad sea grave, y la curacion imposible ó difícil.

185. Nuestro sabio contradictor podria objetarnos que los teólogos y los que tratan de canonizacion no tienen su ciencia, y que por lo tanto su opinion no es una prueba. Pasemos á su campo y oponámosle escritores de medicina legal, que ciertamente no serán incompetentes, entre otros Zacchias. En el libro cuarto de sus cuestiones médico-legales 1.ª, 2.ª y 8.ª, trata extensamente de las diferentes especies de milagros, de su naturaleza y de las condiciones exigidas para una curacion milagrosa. Allí, en apoyo de nuestra tesis escribe: «Requírese que la enfermedad sea grave, y para ser grave que haya manifesto peligro de perder la vida, por lo menos dificultad de soportar el mal con sus síntomas alarmantes; en otros términos que sea, si no una curacion imposible, por lo menos muy difícil. Seguramente nuestro sabio crítico ha leído todas estas cuestiones, pues las cita en su párrafo 15. Si han escapado á sus miradas, no ha podido ignorar las palabras de Tortosa, que ha unido á las suyas, para formular sus objeciones. Este autor en el mismo texto de sus *Instrucciones de medicina judicial*, dice: «Para que un prudente médico pueda juzgar con fundamento de una curacion milagrosa, debe prestar exacta atención á las siguientes condiciones: Es necesario que el mal sea muy grave, imposible ó sumamente difícil de curar, como seria el caso de una consuncion pulmonar manifesta.» ¿Por qué, pregunto, nuestro sabio crítico descuidó esta doctrina, sacada de la misma obra? ¡Porque militaba en favor del milagro! Era preciso ponerlo todo en duda, aun lo más evidente.

186. Despues de haber negado la idoneidad del sujeto del milagro, rebajado la gravedad de la dolencia por defecto de síntomas extraños á nuestro caso, nuestro sabio apoya su tesis en hechos. Tiene buen cuidado de objetarnos el viaje de Roma: «No comprendo cómo esta jóven, en el último grado de la tisis purulenta, pudo hacer un viaje de veinte y cinco millas, montada en un jumento expuesta al ardor del sol de mayo. Tampoco se me alcanza como pudo subir al Capitolio, visitar la iglesia de la bienaventurada Virgen María de Ara-Celi, asistir al santo Sacrificio; luego de allí ir á pié á Santa María de los Montes y

permanecer largo tiempo junto al sepulcro del venerable Siervo de Dios, si al mismo tiempo padecía fiebre, diarrea y traspiraciones abundantes. Sé bien que los defensores de la causa van á oponerme que María durante el viaje estaba tan débil que no podía permanecer sentada en el jumento; pero del sumario resulta que la mayor parte del tiempo era preciso que la sostuviese. Luego, podía sostenerse á veces. Se me objeta la tos, la sed y la dificultad de respirar como síntomas permanentes durante el camino. Pero si todo esto demuestra la presencia de la enfermedad, no es prueba de peligro grave. Por lo tanto puede dudarse que María, antes de emprender el viaje, estuviese á punto de morir.»

187. «Quién ha pretendido nunca que estuviese á punto de morir cuando emprendió el trayecto? Nosotros sólo hemos afirmado una cosa: atacada de una tisis verdadera y mortal, la tisis podía matarla por el camino, como temían los médicos y otros (1). Mas son bastantes concesiones por parte de nuestro sabio crítico: la tos, la sed y una respiración difícil prueban la presencia de la enfermedad. No sólo la intensidad de estos síntomas confirman la gravedad, sino que refieren los testigos que durante su permanencia en Roma advirtieron esputos saniosos, purulentos, la ortopnea y la edema de los pies. Si todos estos signos reunidos nos hacen conocer que la tisis siguió su curso durante el viaje á Roma y hasta el último momento, es seguro que la enfermedad perseveró en su intensidad hasta el momento del milagro.

188. Si se concede que durante el camino la enferma sentada en un asno pudo de vez en cuando sostenerse en esa posición sin el auxilio ajeno, porque se lee en la Información: «La mayor parte del tiempo era preciso que alguno de nosotros la sostuviese,» esta concesión no perjudica la existencia é intensidad de los síntomas, que solos prueban la tisis confirmada. Esta concesión tampoco demostrará ese retorno ó estabilidad de fuerzas que permiten sospechar mejoría (2), pues por la abundancia de los espu-

(1) Sabido es que les sobrevienen á los tísicos accidentes que pueden causarles la muerte antes que lleguen al último término de la enfermedad. Tales son, por ejemplo, la hemoptisis, una gran difusión de pus en los bronquios, etc. (Portal, obra ya citada, t. III, p. 382). Ahora bien, ¿quien no ve que algunos de estos accidentes hubiera podido provocarlos la suya fatiga del viaje?

(2) Omitimos hacer notar que la restitución de las fuerzas sin mejoría alguna de los síntomas de ningún modo es indicio de la remisión de la enfermedad. Esto es conocido de todos. (St Swietens ad Boerhaav, aphor. I, 206, p. mihí 74).

tos purulentos y sobre todo por las traspiraciones nocturnas, la mayor parte de los líquidos se escapa del cuerpo; no estando los vasos hinchados por los líquidos, se contraen, toda la grasa que constituye la redondez del cuerpo desaparece, y parece sólo quedan piel y huesos. Sin embargo, la acción de los músculos subsiste, y pueden ejercerse todos los movimientos musculares tanto como la debilidad lo permite y como los ligamientos desecados no lo impiden. Por otra parte, si la Exposición proporciona á nuestro sabio crítico estas palabras: «La mayor parte del tiempo era preciso que alguno de nosotros la sostuviese,» leemos en la misma este aserto sin la menor restricción por la prima de la miraculada: «No podía sostenerse, y era preciso que alguno de nosotros la sostuviese y condujese, y esto no bastaba aún.»

189. Nuestro adversario ha tocado este punto muy á la ligera, el mismo que por argumentos harto severos nos opone con excesivo rigor el viaje y la permanencia en Roma. No comprende cómo la jóven pudo hacer el viaje, y porque no lo comprende se la figura en el umbral de la muerte; deponga esta ficción, y examine lo que costó el viaje á María. Observe que no pudo permanecer sentada en el jumento; advierta la horrible dificultad de respirar que hacia interrumpir la marcha tan lenta de la cabalgadura para que la bajasen á tierra; tenga en cuenta el fuego interior que la deboraba, la sed violenta que la atormentaba, y comprenderá que este viaje no pudo hacerse sin peligro. Sentado esto, considere la confianza de madre é hija, vuelva sus ojos á esta curación prodigiosa, sobre todo y como conviene en semejante materia, que reflexione en la incomparable Providencia de Dios. Dios, en efecto, todo lo dispone con orden y medida. Había decretado cumplir este milagro en Roma; por esto inspiró á la enferma y á su madre la confianza necesaria. A la vez que continuaba en su dolencia, la jóven debió tener bastante vida y fuerza para llegar al sepulcro de Benito. Así, pues, los sufrimientos de la enferma durante el viaje confirman la presencia y la gravedad del mal; y así se explica por qué la enferma no succumbió á tantas fatigas: compréndese entonces fácilmente cómo pudo hacer este viaje.

190. Procedamos con el mismo método en las cosas que no comprende respecto á la permanencia en Roma. María vino á esta ciudad con la esperanza no de un socorro natural, sino de un milagro en el sepulcro del venerable

Benito, y vino con tal confianza que para nada se cuidó del peligro. Su pobreza le impedía hacerse conducir en coche, y á trueque de llegar allí poco le importaban los riesgos. Para hacerse digna de las gracias del cielo es preciso purificarse previamente de los pecados, y su piadosa madre y los demás recurrieron á la confesion sacramental y se alimentaron con el Pan eucarístico. Esto hubiera sido difícil ó imposible en la iglesia de Santa María de los Montes á causa de la afluencia del pueblo. Para concluir más pronto fueron á la iglesia de Ara-Coli, donde el cuñado de Gaspar Mancini, sacerdote observante, podía procurarles el socorro de su ministerio ó el de sus compañeros, que fué con ellas á celebrar la misa por la enferma. Hé aquí por qué primero fué conducida á la iglesia de Ara-Coli y después á Santa María de los Montes. Mas ¿cómo fué conducida allí? Ciertamente, «no podía andar sola.» Así fué llevada, poco menos que como un cadáver, sostenida por dos personas, y no sin trabajo. Respecto á la visita siguiente, que se nos dice hizo la enferma después del prolongado descanso de un día y una noche, los testigos dicen: «Para conducirla experimentámos menos fatiga;» por lo tanto esta fatiga excesiva de la primera visita debió ser la de las personas que sostenían á la enferma; y sin embargo, el camino no fué más fácil; pues «sólo con mucha pena se pudo llevarla y á cada momento había que hacerla descansar.» Hasta un cadáver puede ser conducido de este modo, y ciertamente no vemos por qué no puede comprenderse por qué no podía ser conducida así la enferma, y cómo quiere deducirse que había mejoría.

191. Concedamos á nuestro sabio crítico, si se empeña, que sentarse durante el viaje, transportarse de un lugar á otro en la ciudad, indican que las fuerzas no han desaparecido enteramente; pero ¿qué hombre sensato reconocerá en ello un decrecimiento en la enfermedad? ¿Trátase por ventura de parálisis ó de una dolencia que afecte los órganos del movimiento, inconciliable con la acción de los músculos; de una enfermedad en la cual un ligero retorno de fuerzas ó la firmeza y la solidez de las partes enfermas significaría un decrecimiento del mal? ¿No se trata más bien de la úlcera de los pulmones que roe este órgano tan noble, úlcera que se revela por los síntomas enumerados y por la consunción del cuerpo? ¿Acaso no hemos observado nunca tísicos que hasta sus

últimos momentos permanecen en pié, andan y obran como si tuviesen que vivir aún mucho tiempo? Todo el mundo lo sabe, y á menudo se nos ha presentado este caso. Sin embargo, para establecer una conclusion más rigurosa y segura hay que apoyarse en la autoridad, y por lo tanto confirmaré mi tesis con ejemplos tomados de la observacion de médicos eminentes.

192. Swieten escribe (1): «He visto algunos ejemplos semejantes, entre otros de un hombre ilustre que murió más que septuagenario: cuatro años antes de su muerte le vi escupir con facilidad cada mañana algunas onzas de un pus blanco, compacto, y arrojar con mucha frecuencia entre dia parecidas materias. Afirmaba con verdad que hacia treinta años expectoraba la misma cantidad de pus, y este hecho es confirmado por médicos muy dignos de fe que en otro tiempo lo cuidaron. Cumplió todas sus funciones hasta su muerte, y tenía una mesa bastante bien servida y comía con buen apetito.»

Schenk refiere muchos casos semejantes (2). «Otras veces me sucedió observar enfermos que á la vez que expectoraban esputos de olor infecto, vivían aún mucho tiempo y podían entregarse á sus habituales ocupaciones. Lo advertí primero en un jóven que por la mañana, á consecuencia de la tos, arrojaba esputos tan fétidos que apenas pude soportar su hedor: no me creí, sin embargo, tan delicado para afectarme por semejantes cosas. La enfermedad duró ciertamente mucho tiempo antes de llegar á esa fetidez de los esputos. Pues bien, dicho jóven vivió aún dos años enteros ocupado en sus habituales trabajos. De pronto los esputos fueron más frecuentes, enflaqueció con rapidez y murió.»

Dice además: «Vi un hábil músico enteramente postrado por una tisis en el último grado, tocando el cimbalo la vispera de su muerte y moviendo los dedos con suma destreza.» Léese en Portal (3): «Hay, sin embargo, enfermos del pecho que no advierten que están atacados de fiebre; y es hasta sorprendente ver algunos que, reducidos al tercer grado de tan terrible dolencia, se levantan todos los dias de la cama, y que, si bien con dificultad, salen cada dia de casa y se entregan á sus ocupaciones.» Cien sujeto llamado Silvestre Gaspar, obrero en perlas, estaba

(1) *Ad Boerhaav.* aphor. l. 206. Mihi t. IV, part. I, pag. 60 in fine.

(2) *Ibid.* pag. 72.

(3) *Ibid.* pag. 74.

extraordinariamente enfermo del pecho, y burlábase de mí cuando le aconsejaba que se quedase en casa á causa de su inmensa dificultad en respirar, tos violenta y dolores en el pecho: sus esputos eran purulentos, el vientre un poco libre, y acentuábase por la noche una fiebre muy lenta. En vez de ir yo á su casa, obstinóse en venir á la mía. No podía resolverse á creer que estaba atacado de la fiebre. El día 16 de setiembre de 1798 cesaron de imprevisto los esputos, la diarrea fué abundantísima, lo dificultad de respirar extraordinaria, y en pocas horas que pasó en el lecho espiró.»

Y Frederigo, que tradujo al italiano las obras de Portal, hace esta observacion (1): «Una jóven de diez y ocho años que murió de una consuncion pulmonar en el mes de julio de este año, no se vió obligada á guardar cama sino el último día... La noche misma que espiró tuvo con sus padres la conversacion más animada... Hace tres años, uno de sus hermanos murió de una consuncion pulmonar, y sólo guardó cama los últimos días. Permaneció siempre bastante tranquilo, y estaba lejos de sospechar que sería victima de este mal.»

Laennec refiere un caso semejante en Mariana Levas: hace además la descripción de los pulmones, y prueba la existencia de una verdadera tisis (2). «El pulmon del mismo lado (derecho) estaba aplanado... Y adheriase por todas partes á la llaga costal, al mediastin y al diafragma... La mitad superior de este pulmon lo ocupaba una excavacion sumamente vasta, que sólo contenia dos cucharadas de una materia puriforme amarillenta bastante líquida... La porcion anterior de los lóbulos superior y medio, única que no habia sido invadida por la caverna, era todavía crepitante, y encontrábase en ella diseminados pequeños grupos de tubérculos miliares amarillos ó grises... El glóbulo inferior de este pulmon ligeramente infiltrado de serosidad sanguinolenta hacía su parte posterior, contenia en el mismo punto un grupo de tubérculos amarillos.» Describiendo la última fase de la enfermedad de esta mujer, añade: Los esputos eran más abundantes: por lo demás se levantaba, y obraba todavía de una manera asombrosa, atendido su estado de demacracion y la gravedad de los síntomas locales: sobre todo hablaba mu-

cho, y su voz alterada como chillido se oía de muy lejos. Las señales dadas por el esteloscopo eran siempre las mismas: murió casi súbitamente.

193. Pudieran acumularse mayor número de ejemplos: estos parecen suficientes para confirmar un hecho que se presenta á menudo. Si por semejantes observaciones de los médicos queda probado que hay á veces tísicos que se levantan, andan y desempeñan sus ocupaciones sin auxilio hasta su muerte ó pocas horas antes, ¿quién se atreverá á negar la gravedad y el peligro de la dolencia de María Rosa, bajo pretexto de que no llegó su última hora, que llevada por otras personas se sentó en un jumento y que sosteniéndose con pena con auxilio de dos personas se arrastró hasta la iglesia?

Recomendamos únicamente á aquel que, encargado de llenar la funcion de contradictor, nos opone como objecion su doble trayecto y su estancia en Roma, que no olvide que los tísicos conservan á menudo hasta la muerte su libertad de movimiento, tanto como se lo permiten sus fuerzas, y conjurámosle á que considere los ejemplos propuestos. En esos tísicos, casi muertos por una larga consuncion, ¿dónde están estos postreros síntomas, únicos que pueden ofrecer materia á un milagro? Si no se los encuentra en esas largas enfermedades, díganos por qué las exige en la tisis secundaria y aguda.

194. Desembarazado de las objeciones sacadas del hecho en sí mismo, nuestro sabio nos invita al exámen de los remedios. Despues de lo que hemos dicho, la contestacion será muy breve. Véase la regla: debe responderse que hubo milagro, subsistiendo las otras condiciones, si no se emplearon remedios, y aún enando es cierto que habiéndose empleado éstos no produjeron efecto alguno. Por la persistencia de todos los síntomas se ha probado que la tisis confirmada subsistió en María Rosa hasta su milagrosa curacion. No puede, pues, ponerse en duda la perfecta multitud de los remedios. Luego, aún cuando se hubiese empleado un medio eficaz, esto nada obstaría á la certeza del milagro. Temiendo que el renombre de nuestro adversario, su autoridad y su lustre de médico, en lo que parece contar para hacer brillar sus objeciones, pueden echar dudas en un hecho tan evidente, nos vemos obligados á emprender una nueva discusion, y examinar uno tras otro los textos de los autores que se nos opone para poner en evidencia el poco valor de sus argumentos.

(1) Tom. I not. 5, pag. mlii 26

(2) *Traité de l'auscultation médiate*, t. 2, cap. 1, art. 5, observ. 30, p. 112 y sig.

195. Primeramente preguntamos: ¿por qué le dieron al principio drogas de farmacia, y no se continuó despues, como dice Francisco Maggiori? Ciertamente que si los remedios hubiesen sido útiles, ó si hubiese creído que podían serlo, á menos de ser loco, el médico no los hubiera desechado cuando la necesidad apremiaba. Dejélos porque habian sido inútiles, porque no esperaba que fuesen de provecho, esto es, porque el caso era desesperado, como afirma el mismo testigo. ¿Por qué tanto el médico como el cirujano en su deposicion hablaron tan claramente: «Diligentes queríamos aliviar á esta jóven con los recursos de la clínica, pero abríamos un pozo en medio de un río,» por qué esta afirmacion sino porque habian reconocido la inutilidad de los remedios? Más aún, ¿por qué el médico refiere que cuando la enfermedad iba agravándose, haciendo caso omiso de los remedios activos ó específicos, capaces de vencer la enfermedad, empleó únicamente paliativos para disminuir los síntomas? ¿Por qué abandonó en lo sucesivo hasta esos remedios paliativos? «En el último periodo de la enfermedad, dice, no se emplearon más que tisanas, hierbas y otros remedios inocentes, aptos sólo para suavizar la energía de la tos y la fuerza de la opresion, pero no para curar el mal, por su naturaleza incurable. No recuerdo si en los últimos dias más próximos á la marcha de María Rosa á Roma se usaban estos remedios inocentes, pero me parece que no.»

Esta última omision, que refiere vacilando, la prima de la miraculada nos la dá á conocer con mayor claridad. Despues de recordar esos remedios inocentes que acaba de enumerar el médico, dice respecto al suero solamente: «Se continuó dándole suero hasta que partimos de Mazzano,» lo que indica que todos los demás fueron al fin abandonados. Y ¿por qué se hizo así sino porque el médico, como el mismo dice, «no tenía esperanza de poder aliviarla con todos los recursos del arte?» Se llegó al caso que indica Willis: cuando no hay esperanza de curacion hay que atenerse á los remedios que hacen la muerte más tranquila.

196. El método de tratamiento que consiste en emplear primero los remedios específicos, luego solamente los paliativos, y por último en abandonar todo tratamiento, hace ver con toda evidencia la inutilidad de los remedios, como lo confirman muy bien las declaraciones de sabios médicos. Alguien dirá tal vez: Los médicos pudieron engañarse, y

no hemos de diferir á su opinion sino á los hechos cuando se trata de un milagro. No negamos que los médicos pudieran engañarse: el método de tratamiento y el juicio de los médicos de cabeceera considerados en particular y separados de los hechos sólo conducen á una mera presuncion; mas unidos á los hechos, ¿quién negará que son de gran peso para probar su evidencia? Ahora bien: no cabe la menor duda que subsistieron siempre todos los síntomas de la enfermedad en cuestion: desarrolláronse de dia en dia, y sobrevinieron otros nuevos y más funestos, por ejemplo, el edema de los piés, y al último el dolor del costado, etc.; luego, vencido por la existencia de tales hechos, habrá que conceder que, unidos al método de tratamiento y al juicio gravísimo de los médicos son una prueba muy seria de la inutilidad de los remedios, inutilidad que nuestro sabio crítico ha emprendido combatir.

197. Sin embargo, él mismo dice: «Empleáronse los remedios que por su naturaleza tienden á atajar los progresos de la inflamacion una vez se le dió una sangría.»

No cabe duda que este remedio aplicado una sola vez por temor de comprometer la vida, hubiera sido insuficiente para combatir una verdadera peripneumonia; pero al contrario, en el caso de una flogosis de naturaleza catarral y exantemática habia de ser empleado con esa prudencia y esa moderacion suma.

198. A esto contesto brevemente: 1.º la inflamacion ¿fué resuelta ó no? Si no lo fué y hubo supuracion, ¿qué resulta contra nosotros de que «se emplearon los remedios que por su naturaleza alejan los progresos de la inflamacion?» Cuanto más uno se imagine que pudieron producir la curacion, se pondrá en mayor evidencia la realidad del mal y la inutilidad de los remedios. 2.º Una sola sangría ¿era ó no capaz de reducir una inflamacion de los pulmones bien caracterizada? Si es insuficiente, segun nuestro mismo adversario, la inutilidad del remedio salta á la vista, y si es suficiente, volvemos á la objeccion ya propuesta. 3.º La enfermedad en cuestion ¿indica una verdadera peripneumonia ó una bronquitis? Si las señales precursoras, los síntomas patognomónicos, el curso de la enfermedad, todo hace presagiar una peripneumonia; si, al revés, causas y síntomas contrarios hacen rechazar una bronquitis, ciertamente debia desecharse el tratamiento aplicado en una bronquitis. Por otra parte si, como afirma

nuestro sabio adversario, Viessaux, Buser y otros recomiendan la sangría al principio de una bronquitis, no quisieron ceñirse á una sola sangría, sobre todo en una bronquitis grave. La hipótesis misma de una bronquitis que en el caso de María Rosa adelanta nuestro sabio crítico, significa que no bastaba una sola sangría. Admitamos, si quiere, que la jóven sufría, no de una peripneumonia, sino de una bronquitis; pero no podrá negar que la enfermedad siguió su curso despues de la sangría, y que ésta fué por lo tanto insuficiente para contener el mal.

199. Nuestro crítico continúa haciendo notar que se ha omitido hablar de los medicamentos, no ha podido suscitarse la cuestion de su oportunidad, puesto que le son desconocidos), y añade: «Dábanle únicamente suero ó leche, ó tisana hecha con simples que hacen bien al pecho: recuerdo que le daban á comer pan mojado con leche, y se continuó dándole suero hasta que partimos de Mazzano.»

Resulta de esto que se emplearon remedios eficaces no sólo al principio, como lo afirman los defensores de esta opinion, sino tambien en el curso y casi hasta el fin de la enfermedad, esto es, hasta el dia en que se emprendió el viaje á Roma. He dicho remedios *eficaces*: efectivamente, si la sangría, practicada desde el principio con precaucion y á propósito, fué eficaz, el uso de leche en el curso de la enfermedad debe considerarse como más eficaz todavía.

200. Notemos de paso esta triple habilidad de nuestro escritor 1.º A la ligera, por su silencio, deja concebir la sospecha acerca la oportunidad de remedios desconocidos, como si su oportunidad pudiese ser útil en un caso en que es notoria la inutilidad de los paliativos. 2.º Enumera los remedios paliativos que se dieron constantemente á la enferma despues de los eficaces: estos remedios los sabe, no por los médicos, sino por la parienta de la miraculada; y no sin razon habla de esta suerte, pues dicha mujer ignorante no podia discernir los medicamentos eficaces de los remedios paliativos: ella dice en términos generales: «tisanas preparadas con hierbas que hacían bien al pecho»; de lo que nuestro adversario concluye: Se dieron medios eficaces al principio y aun durante el curso de la enfermedad. Ahora bien, el médico dice con razon: «No se emplearon más que tisanas, hierbas y otros remedios inocentes, aptos sólo para suavizar

la energía de la tos y la angustia de la opresion, pero no para curar el mal por su naturaleza incurable.» Estas palabras no convenian á nuestro sabio porque designaban remedios del todo ineficaces. 3.º Se ha esforzado en ser confuso al hablar de la virtud de los medicamentos. Todo el mundo sabe que hay suma diferencia entre la simple propiedad curativa y la eficacia de un remedio. La una puede no producir resultado alguno, teniendo solamente el poder ó la aptitud á producir un efecto, si nada se opone á él; la otra designa la aptitud ó el poder seguido de efecto, y produce siempre un resultado. Queriendo, pues, atribuir un efecto á los remedios, sustituyó la palabra aptitud por la de eficacia, y para hacer creer que ha obrado con conocimiento, escribe: «De donde resulta la eficacia de los remedios... digo remedios eficaces, pues si realmente la sangría fué eficaz, con mayor razon debió serlo el uso de la leche.» Mas si los otros remedios no produjeron mejor efecto que la sangría, á nadie engañara su artificio.

201. Entendido esto, exagera la utilidad del hecho reproduciendo las palabras de Hoffmann. «Es este un remedio de la vispera ó de la antevispera, y no habiendo producido más que tres ó cuatro curaciones? No, treinta siglos, y la experiencia constante de todos los médicos de todas las naciones lo han designado siempre como excelente para la salud. Su uso ha producido curaciones maravillosas de la tisis. Así en toda afeccion de pecho y en la postracion, puede considerarse la leche como un remedio universal, que satisface á todas las indicaciones.»

202. Esto está muy bien sin duda. Sin embargo, ¿qué prueba esta autoridad sino la aptitud de la leche para el tratamiento de la tisis? Ahora tendria que probarse su eficacia para que pudiese rechazarse el milagro. Ni la experiencia de treinta siglos, ni el consentimiento de los médicos de todas las naciones probarán nunca que un remedio apto para curar haya sido eficaz en tal ó cual caso particular. Al hecho y no á la ciencia médica hay que atenerse en esto. Respecto á la eficacia es evidente que la mayor parte del tiempo no puede admitírsela, sea que consideremos el conjunto de todas las enfermedades, ó la sola tisis. Apenas habrá tísico á quien los médicos hayan dejado de prescribir el uso de la leche. Pues bien, si convenimos, con José Franck, «que los tísicos, generalmente hablando, forman la quinta parte de los que muer-